

## RELACIONES ESTADO-IGLESIA CATÓLICA EN CHILE DESDE 1946 A 1958. NUEVAS SITUACIONES EN EL TRATO AFABLE\*

Richard Fairle López\*\*

### RESUMEN

Este artículo presenta las relaciones del Estado y la Iglesia Católica en Chile, entre 1946 y 1958. Se destaca el establecimiento del marco constitucional de la Carta de 1925 que le permitió su desenvolvimiento y los lazos amistosos de los poderes eclesiástico y civil. Los tres gobiernos constitucionales, dos radicales y uno independiente de unidad nacional, tuvieron una permanente actitud de respeto y cercanía con la institución religiosa y sus miembros. De igual modo, los obispos y los clérigos sostuvieron muestras afables con las autoridades administrativas y las de otras áreas del país.

Se debe considerar que el arzobispo metropolitano de la capital chilena ha asumido tradicionalmente la representación de la Iglesia nacional para todos los casos en que la institución religiosa se relacione con el Estado y la Sociedad chilenos, sin menoscabar a otros preladados que también sostenían contactos singulares.

**Palabras clave:** Reverendo Padre (RP) Alberto Hurtado, Radicalismo, sindicalismo, campesinos

### STATE-CATHOLIC CHURCH RELATIONS IN CHILE FROM 1946 UNTIL 1958. NEW SITUATIONS IN THE 'AFFABLE TREATMENT'

### ABSTRACT

This paper presents the relations of the State and the Catholic Church in Chile between 1946 and 1958. It highlights the establishment of the constitutional framework of the Charter of 1925 that allowed its development and the friendly ties of ecclesiastical and civil powers is highlighted. The three constitutional governments, two radicals and one independent of national unity, had a permanent attitude of respect and closeness to the religious institution and its members. Similarly bishops and clergy were affable with administrative authorities and those in other areas of the country.

It has to be considered that the Metropolitan Archbishop of the Chilean capital has traditionally assumed the representation of the national Church for all cases where the religious institution is related to the State and the Chilean Society, irrespective of other prelates who also held singular contacts.

**Keywords:** Reverend Father (RP) Alberto Hurtado, Radicalism, unions, peasants

Recibido: 22 de abril de 2017

Aceptado: 25 de junio de 2017

\* El artículo es parte de una investigación que abarca cien años de las relaciones Estado-Iglesia en Chile durante el siglo XX, cuyo período histórico es de 1910 a 2010.

\*\* Magister Artium en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Académico del Departamento Disciplina-rio de Humanidades, Campus San Felipe, Universidad de Playa Ancha. richardfairle@gmail.com

## PREÁMBULO

Los actos religiosos de alto nivel, en los cuales quedaban involucrados autoridades civiles; y otras acciones pastorales, como la actividad del padre Hurtado en la Iglesia, gradualmente se tornaban complicadas y se profundizaban. Por un lado, este asesor de la Acción Católica de Jóvenes, ACJ, de la arquidiócesis de Santiago de Chile, formada principalmente por muchachos que apenas pasaban los veinte años, criticaba la situación de los católicos chilenos y orientaba a los jóvenes a partir de esta realidad. Además, los católicos seguían divididos por las ideas del padre Hurtado desde 1942, año en que había publicado un libro titulado “Puntos de Educación”, dedicando el capítulo IV al tema de la formación política de los jóvenes católicos, lo que llevaría a una polémica que, prontamente, se desató.

El siguiente paso era cuestionar, por parte de un sector del clero chileno, el liderazgo religioso del padre Hurtado en un grupo juvenil católico de connotación nacional. Por una parte, el religioso jesuita indicaba: “para que el cristiano pueda cumplir su misión regeneradora tiene que tomar una posición heroica, salir de su concepción burguesa, que es la antítesis de la primera; en otros términos, tiene que tomar al pie de la letra las enseñanzas totalitarias de Cristo”. Las dificultades llevaron a la pugna entre el partido Conservador, la Falange, los obispos y el padre Hurtado.

Por otro lado, el partido Conservador –que lo acusaba de ser amigo de falangistas– lo presionaba por plegar a los jóvenes a sus filas, lo que era resistido por el jesuita Hurtado. El presidente del partido Conservador, Carlos Aldunate, escribía, por ese entonces, que, en el pueblo chileno, la política de partidos era religiosa o antirreligiosa. Por ello, no podía prescindirse de la Iglesia Católica, la que sospechaba que el jesuita Hurtado estaba trabajando para la Falange. Por lo mismo, fundar el Hogar de Cristo para asistir a los desamparados, significaba para el sacerdote un problema, como lo era predicar el mensaje de Cristo a los obreros. Urgía instalar en el mundo sindical la Doctrina Social de la Iglesia.

Mientras tanto, en el año mencionado, 1945, el católico Eduardo Frei Montalva desempeñaba el cargo de Ministro de Obras Públicas, asumiendo, por primera vez, un militante falangista una responsabilidad gubernativa, cargo en el que estuvo solo un año, ya que renunció debido a sus principios personales que eran los del humanismo cristiano y por los cuales no pudo dejar pasar un acto de violencia del Gobierno con sus propios compatriotas, al intentar reprimir una manifestación, que provocó numerosas víctimas, en la conocida matanza de la plaza Bulnes (Gumucio y Vásquez, 113).

Los criterios metodológicos considerados han sido para este período: primero, el marco constitucional de 1925; segundo, la postura de una parte de los conservadores de continuar representando a la Iglesia en el orden civil; tercero, la situación social de los chilenos; cuarto, las nuevas posturas sociales de la Iglesia Católica, específicamente de una parte de su clero; y, quinto, los referentes políticos nuevos en la sociedad chilena.

El eclesiástico significativo, considerado por gran parte de los chilenos y de los católicos, el arzobispo José María Caro podía dirimir la situación al interior de la Iglesia y en su exterior entre conservadores y falangistas. Pronto, en 1946, el arzobispo fue nombrado cardenal, inaugurando la lista cardenalicia chilena. A su vez, el radical Gabriel González Videla era elegido por sus partidarios para el sexenio que se iniciaba en aquel año (Fairlie, *Estudio*, 60).

Monseñor Caro se presentaba como un conservador social, en su manera de ver la vida y actuar. Promovía la caridad y la ayuda social, pero sin mezclarlas con la política partidista. De esta manera, no entendía, ni apreciaba a la Falange Nacional, pese a que este conglomerado político se proclamaba como católico o al menos que seguía las enseñanzas del Evangelio, las ideas de los Sumos Pontífices y las cartas pastorales de los obispos católicos chilenos y europeos (Piñera, Entrevista). Otros obispos en Chile también sostenían una labor religiosa y pastoral preferente con los más necesitados. Todo esto recordaba la Carta a los chilenos de 1934, del cardenal Eugenio Pacelli, a la cual el padre jesuita Alberto Hurtado había adherido, considerando la libertad de los católicos para no participar en partidos o para hacerlo en cualquiera que respetara la doctrina de la Iglesia.

Más aun tal como escribió el mismo jesuita, era de la idea de que los obispos no intervinieran en la unificación política de los católicos en Chile, señalando que una intervención oficial y aún oficiosa sería perjudicial para la Iglesia, si esta llegaba a ser conocida por las Izquierdas. Y lo seguía manteniendo a fines de los cuarenta.

Por aquellos años, continuaba la suspicacia del partido Conservador, acerca de la postura del sacerdote Hurtado, como de claro apoyo a la Falange, ya que estimaba que si un católico no estaba con los conservadores estaba contra ellos. Aunque los estudiosos de la vida del padre Hurtado, como el exministro William Thayer, eran enfáticos al indicar que durante toda su vida tuvo el cuidado de no inmiscuirse en las disputas de los partidos y que jamás tuvo vinculación ni con los orígenes ni con el posterior desarrollo de la Falange Nacional, pero lo cierto fue que defendió a este nuevo partido ante el papa Pío XII.

Pero también había religiosos que urgían aplicar la Doctrina Social de la Iglesia, como monseñor Manuel Larraín Errázuriz. Se dice que el jesuita sin plantearse las acciones políticamente, consideraba que los conservadores defendían únicamente los intereses patronales, y que las personas de mayor riqueza y posición concentraban su empeño en destruir a la Falange y de paso no realizar ninguna acción tendiente a una mayor justicia social como proclamaba la Doctrina Social. Por lo mismo, realizó un crudo y provocador análisis de la forma en que se vivía el catolicismo en Chile, sosteniendo tal planteamiento en los siguientes años. De esta forma, no perturbaba la relación de la Iglesia con el Estado ni tampoco la de este con la Iglesia católica. Sin embargo, se empezaba a cuestionar a la sociedad y a las instituciones del Estado, de modo indirecto.

Los conservadores ocupaban puestos claves en la sociedad y en el Estado. Consideraron ciertas estrategias para enfrentar lo que señalaron como el Comunismo Internacional que se cubría con ropa nacional, aludiendo al sindicalismo y a las peticiones socioeconómicas justas para los demandantes; y ficticias para los demandados. El mismo lenguaje se utilizaba para aludir al socialismo y al catolicismo social, calificando, por igual, a todos aquellos que sustentaban la promoción social, como agitadores de las masas y de conciencias. Entre estos últimos, se encontraban unos pocos católicos.

En el título del libro escrito por el padre Alberto Hurtado *¿Es Chile un país católico?*, se definían algunas frases muy fuertes para aquellos tiempos y que han trascendido, como “La caridad comienza donde termina la justicia” y “La alegría o el dolor es siempre visita de Dios”. Ni en público ni en privado, los conservadores las aceptaban y, en el plano religioso, a veces, las aguantaron a regañadientes. A pesar de todo esto, el padre Hurtado concretó la Acción Sindical y Económica Chilena, ASICH, para unir a los cristianos en la actividad sindical, formar sindicalistas cristianos y dar asesoría a los trabajadores en sus problemas sindicales (Aliaga, 216).

No obstante, el jesuita no dejó de reconocer el esfuerzo de los izquierdistas en promover a los pobres y a los trabajadores. Así, en más de una ocasión, manifestó que, si bien no todos los líderes sindicales eran católicos, se debía apoyar a cualquiera que luchara por la clase obrera. Esto significaba apoyar a un comunista si era necesario (Costadoat, 340). Por lo mismo, el padre Hurtado se percataba de que los obreros tenían gran desconfianza en los católicos y en la Iglesia católica y su jerarquía, ya que los únicos que se preocupaban de sus problemas eran el partido Comunista y el partido Socialista; pues, en los sindicatos, prácticamente, tenían un 80% de representantes comunistas y un 20% de socialistas. En esta situación, el jesuita no exculpaba a los patrones, ni a los católicos, ni a la propia Iglesia. Por ello, fundó, en 1945, la ASICH, a pesar de las reticencias iniciales del episcopado de que fuera utilizada como

una trinchera del comunismo dentro de la Iglesia. Por supuesto, los problemas continuaron para el padre Hurtado.

Por entonces, el arzobispo capitalino se presentaba como un conservador social, en su manera de ver la vida y en su actuar con el mismo y con todos, fueran fieles católicos o no. No entendía, ni apreciaba a la Falange pese a que aquel partido político se proclamaba católico o al menos publicitaba seguir las enseñanzas del Evangelio, las ideas de los Sumos Pontífices y las cartas pastorales de los obispos católicos, tanto chilenos como europeos.

### **COOPERACIÓN ENTRE EL PODER CIVIL Y EL PODER ECLESIAÍSTICO EN UN AMBIENTE DE INQUIETUD SOCIAL, 1946-1958**

En 1946, Chile y la Iglesia católica recibieron como regalo del Papa Pío XII el capelo cardenalicio en la persona del arzobispo de Santiago de Chile. Ante esto, la Iglesia se sintió triunfadora. Luego, el mismo día que regresó de Roma, Monseñor Caro con su nueva investidura fue a visitar al presidente de la República, muy enfermo, en Villa Paidahue. Juan Antonio Ríos estaba muy fatigado y le agradeció la visita, pidiéndole que lo volviera a visitar.

Pero el alto prelado chileno no pudo cumplir con la visita solicitada debido a su estado de salud y en su reemplazo fue su obispo auxiliar Monseñor Augusto Salinas. Al respecto, un sacerdote comentó tiempo después: siempre tuvo el señor Ríos mucha deferencia y buena amistad para con el señor Caro (Caro, 132). Ante la feliz noticia para el país, el Gobierno chileno le regaló un auto, el cual fue utilizado por el prelado durante varios años. Lo curioso del acto fue que el mismo personero público, autorizado por el Gobierno para obsequiarlo, tuvo la ayuda espiritual, en el momento de su defunción, del Cardenal Caro, seis años más tarde (ídem, 105).

Luego del fallecimiento del presidente Ríos y el duelo oficial, se produjo la campaña eleccionaria presidencial y resultaron elegidas dos primeras mayorías. Más tarde, el Cardenal Caro visitó a los dos candidatos que las obtuvieron, Gabriel González Videla y Eduardo Cruz Coke. La elección finalizó con el nombramiento del radical Gabriel González Videla, como presidente.

Confirmada la más alta magistratura para el candidato radical, este inauguró un Gobierno que prometía ser del pueblo. De manera que este nuevo gobierno radical, alianza de radicales, socialistas y comunistas, asumía los destinos de Chile, pero con un tinte pro-estadounidense. A poco avanzar, se volvió en contra de una parte de sus electores, persiguiendo y encarcelando a los comunistas y prohibiendo su doctrina. De paso quedaba cuestionada cualquiera doctrina que promoviera a los trabajadores y al mundo popular; asumiendo Chile la nueva moda política internacional.

Toda esta situación política no dañaba al Estado en la inmediatez, pero sí a la sociedad que se veía golpeada. Además, repercutía seria y directamente al interior de la Iglesia que, en el Chile de los 40, vivía grandes problemáticas. La cuestión social repercutió en las consecuencias del terremoto de 1939, especialmente económicas, afectando a gran parte de la población. Se añadían los problemas de vivienda, entre otros, lo que provocó, a mediados del decenio de los 40, la proliferación de las llamadas “poblaciones callampas”. Aunque los gobiernos radicales implementaron mejoras y avances sustanciales, no se lograron superar aquellos problemas.

La Iglesia y los pastores católicos tampoco podían, ni debían hacer oídos sordos a las demandas sociales existentes, más aún cuando se evidenciaba la cooperación social de los miembros de Izquierda que rozaba con la ayuda social y caridad de los cristianos en el área popular, pues así lo entendían estos desde la perspectiva del evangelio. De esta manera, monseñor José Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Católica, JOC, al visitar Chile, en los años 1946 y 1948, había señalado las demandas mencionadas como causa del marxismo. Asimismo, monseñor Caro había publicado, en 1948, su pastoral “Sobre Algunos Problemas Sociales”, en la cual planteaba el drama de la vivienda (Aliaga, 215).

En 1946, se realizó el Concilio Plenario Chileno del Episcopado y, al año siguiente, se conoció la carta pastoral de monseñor Caro: “El deber social de los católicos”. Con sus afirmaciones debían quedar claras, para todos los católicos, las distancias entre una acción social-religiosa y otra política. Esto convenía conocerlo, porque el mismo cardenal tenía desconfianza de la Falange Nacional, que, más tarde, tendría el nombre de Democracia Cristiana, DC. El recelo del pastor se debió al discurso partidista que Bernardo Leighton hiciera y en el cual había solemnizado las palabras e ideas de libertad, igualdad y fraternidad, las cuales no correspondían a la doctrina católica, según el prelado capitalino. Así lo había hecho evidente ante uno de sus sacerdotes, el padre Bernardino Piñera, quien fue testigo de la opinión eclesiástica.

En lo eclesial, el cardenal José María Caro era muy querido por el pueblo. “Pero los mismos obispos estaban divididos sobre el tema Iglesia y política. Muchos todavía no estaban de acuerdo con la neutralidad que la Iglesia debía sostener frente al Partido Conservador” (Aldunate, 59).

El 18 de septiembre de 1946, llegaba el padre Hurtado a Roma y luego de una serie de entrevistas con el padre superior general de la Compañía de Jesús redactó un memorándum dirigido al papa Pío XII. Luego de revisiones realizadas por el mismo padre general, el texto aludía a América Latina y a Chile del modo siguiente:

El peligro más grave es, en mi opinión, que no nos damos cuenta del peligro. Se cree que aún estamos en medio de países profundamente católicos; se piensa que las agitaciones son el efecto únicamente del oro ruso y que la propaganda protestante no es sino efecto de los dólares americanos. Los sacerdotes, los obispos inclusive, no parecen darse bien cuenta de la inmensa tragedia que va a cogernos desprevenidos (Magnet, 311).

En cuanto a Chile, señalaba:

Se nota, ante todo, una diversidad muy grande de condiciones económicas y humanas (...) El pueblo se encuentra, en general, bajo la condición de un subproletariado (...) No ven en los patrones ni en la mayoría de los católicos un interés sincero por cambiar su situación miserable. El clero y aun los obispos les parecen al pueblo demasiado ligados al capitalismo. Las actitudes sociales de los católicos parecen orientadas más bien a impedir el avance comunista que a desproletarizar a las masas (idem, 312).

Acerca de la Iglesia y el Estado chilenos declaraba: “La separación de la Iglesia y el Estado y las instrucciones de la Santa Sede sobre la separación de la Iglesia de los partidos políticos han tenido una influencia pacificadora sobre los no católicos” (idem, 313).

A continuación, aclaraba el jesuita Hurtado que el rechazo de los conservadores a Maritain y sus ideas, cercanas a la Falange, y el mito que aludía que esta había formado parte de un frente político común con las izquierdas chilenas no correspondía a la verdad, pues los falangistas “son muy unidos a la Iglesia” y “su influencia ha aminorado mucho las influencias de los últimos gobiernos chilenos, que han sido de izquierda, y al mismo tiempo, han demostrado al país que la Iglesia no estaba ligada a un solo partido político” (idem, 314-315).

Un período de crecientes contradicciones de los falangistas con sectores de la jerarquía católica se hizo evidente. Esto se debió a las posiciones avanzadas que sostenía la Falange. De todo lo cual resultó la condenación de monseñor Salinas, obispo auxiliar de Santiago de Chile, a la actitud de apertura a la izquierda por parte de la Falange (Gumucio y Vásquez, 118). De este modo, el 10 de diciembre de 1947, el cardenal Caro, con el fin de prevenir a los católicos contra el izquierdismo de la Falange, publicó una censura en un documento oficial, el cual tuvo enorme repercusión pero no fue oído por todos los feligreses: “En ese documento el purpurado censuraba a los falangistas, ..., por ser partidarios de la reanudación de relaciones con Rusia soviética, por tener admiración por esta y por el comunismo, y por no ser suficientemente anticomunistas” (Da Silveira, 28).

Por entonces, el padre Alberto Hurtado realizaba su apostolado en medio de los jóvenes, de los más pobres y de los miserables de la capital. Al jesuita, según un sacerdote de su orden religiosa, “no le da lo mismo que tantos se alejen de la Iglesia y menos los pobres” (Costadoat, 333). De manera que el 13 de junio de 1947, el padre Hurtado constituyó la ASICH como un grupo para-sindical que se declaraba ajeno a la política y que pretendía –a través de escuelas para los dirigentes– hacer realidad la redención del proletariado de acuerdo con las normas de las encíclicas papales. Consiguiendo la aprobación pontificia, en octubre del año siguiente, fue recibido por el sumo pontífice Pío XII en una audiencia privada individual en el Vaticano –muy inusual para un sacerdote que no tenía jerarquía en la Iglesia–, donde el sacerdote le planteó la urgencia de penetrar con el mensaje evangélico al sindicalismo chileno y preparar a dirigentes obreros sindicalistas y patronos jóvenes en el pensamiento católico y la doctrina social de la Iglesia.

Tras la cita en que el papa autorizó al padre Hurtado a mantener la Asociación Sindical Chilena, comenzó otro período de dura incompreensión para este. Hubo quienes lo acusaron de procomunista por defender una oportunidad para el sindicalismo obrero en Chile. *El Diario Ilustrado*, un periódico de la copropietaria Iglesia católica, lo denominó el “Cura Rojo”. A esto se sumó que si bien el jesuita creía que el comunismo se transformaba en un peligro, era contrario a combatirlo a través de elementos anti-democráticos, como la Ley de Defensa de la Democracia de 1948. Aunque la jerarquía católica realizó críticas a los falangistas, estos, desde el primer momento, decidieron votar en contra de dicha Ley. (Gumucio y Vásquez, 118).

Mientras tanto, a nivel civil en 1948, católicos, miembros del partido Conservador, se separaron y constituyeron un grupo social cristiano. Una facción de este volvió al partido político de origen y otra parte se unió a la Falange Nacional para formar, más adelante, el partido Demócrata Cristiano (PDC).

De acuerdo al exministro Thayer, el sacerdote jesuita también recibió ataques de otros sectores. Los marxistas, los izquierdistas no marxistas y hasta los cristianos pro socialistas desconfiaban del padre Hurtado no solo porque el religioso quisiera introducir el catolicismo en la clase obrera de Chile, sino por tener origen en una familia aristocrática vasca y por su pasado en el partido Conservador. Varios recordaban que él trabajó por los ideales partidistas y hasta sufrió una herida en su cabeza en una marcha política de 1920.

Entre 1948 y 1958, en la oposición, se robustecía la Falange, formada mayoritariamente por jóvenes que habían acompañado al padre Hurtado en la Acción Católica y en la ASICH. Un contemporáneo retrataba del siguiente modo la situación al interior del clero chileno: “En la Iglesia pesaba fuerte la

condenación romana del marxismo (1949) y en la jerarquía, las simpatías eran por el conservadurismo; también en Santiago en que el Cardenal Caro era muy anciano y mandaban sus vicarios” (Aldunate, 75).

Un año más tarde, 1950, fue proclamado por el Papa Pío XII como el inicio de una renovación de la Iglesia católica. Tanto fue que en la misma Francia se iniciaba una experiencia inédita con el surgimiento y preparación de curas obreros. De este modo, durante el nuevo decenio, jóvenes con vocación sacerdotal y con acento social concretarían un proyecto que los destinaba a vivir en el mundo de los trabajadores, generalmente urbanos; sin dejar de lado a los sectores más vulnerables y pobres y a los habitantes más débiles de las zonas rurales. Todo esto se materializó en la Misión de Francia y la Misión de París, que, más tarde, tendría una influencia decisiva y determinante en la Iglesia católica chilena, la cual había mirado desde mediados del siglo XIX a la Iglesia católica francesa.

No obstante los cambios y la agitación permanente, finalizaba el decenio de 1940 con la idea en la Iglesia y sociedad chilena, que el partido Conservador era el partido político de la Iglesia católica; es decir, era un partido confesional. Para ordenar este tema que, para algunos católicos, no estaba zanjado, un contemporáneo estudioso indicaba lo siguiente: “Roma había tenido que ratificar en 1950, a través de Monseñor Tardini, la carta de Monseñor Pacelli de 1935. Tal vez influyó en esta ratificación la conversación del padre Alberto Hurtado con Pío XII en 1947 (Aldunate, 59)<sup>1</sup>.

Con todo, la Iglesia católica, guardando su tradición y diplomacia, contaba con personal *ad hoc* y recursos apropiados para sus relaciones de alto nivel ni menos presentar una supuesta baja categoría. De modo que el Arzobispo capitalino tenía en su casa cardenalicia, “el palacio” como se la conocía, varias habitaciones, parodiando un poco al palacio de la Moneda. Una de ellas era el “salón rojo” en el cual recibía a diplomáticos, políticos y personas de condición social alta, cumpliendo un protocolo al cual se debió acostumbrar aunque nunca por completo. Así, un sacerdote de la arquidiócesis, cercano a Monseñor Caro, indicaba que “el rito”, para él, “el huaso de Colchagua” resultaba incómodo. Pero lo cumplía” (Vega, 52).

Finalizaba el gobierno de González Videla y la influencia destacable y las buenas relaciones de Monseñor Caro con el poder civil y eclesiástico eran evidente:

1 Esta actitud de la Iglesia disgustó a Carlos Aldunate Errázuriz, padre del sacerdote José Aldunate, quien devolvió a la Santa Sede las condecoraciones que había recibido. Había sido Embajador ante la Santa Sede durante el segundo mandato de Arturo Alessandri Palma.

Don Gabriel González Videla tenía amplia satisfacción, en expresar su cariño para con el señor Caro, desde que lo conoció en La Serena, cuando don Gabriel cursaba los últimos años de Humanidades en el Liceo de aquella ciudad. En repetidas ocasiones, visitó la Casa Arzobispal. Una noche llegó apresuradamente a Mac Iver 370 con los pocos Ministros que pudo reunir para agradecerle al señor Cardenal en nombre del Gobierno, una audición radial que acababa de ser pronunciada, en apoyo a la política del Gobierno. Alrededor de la cama del señor Cardenal hubo una sesión de Gabinete llena de gratitud y de afectuosa familiaridad (Caro, 131).

Además, se sostenía ya como fundamento en las relaciones de la Iglesia y el Estado la propuesta de monseñor Errázuriz, de 1926, acerca de la prescindencia del clero en política partidista. Habían transcurrido poco más de veinticinco años desde la separación de los poderes eclesial y civil, y el cardenal Caro la había hecho suya, aunque con matices. La sostenía en la política no partidista; mas, en la política mayor seguía el contacto y la opinión fundada de intervenir cuando la ocasión lo ameritaba, ejemplo que se daba a otros obispos también. Sin embargo, al interior de la Iglesia se entendía de otra manera, como si varios clérigos y fieles se hubieran quedado en el régimen anterior a 1925. Efectivamente, la tensión surgía de inmediato ante alguien que realizaba una labor social, aunque fuera en nombre de los principios religiosos del momento y de la doctrina social de la Iglesia.

No obstante, parte de los clérigos habían introducido la preocupación social en el mundo católico para que más fieles promovieran la doctrina social de la Iglesia y el evangelio en diversas organizaciones y grupos. Uno de ellos, el padre Hurtado había llegado aún más lejos y en 1951 había fundado la revista MENSAJE, para crear conciencia ante los problemas sociales. La publicación de la revista causó revuelo por distar bastante del tono que el catolicismo convencional trataba cualquier situación en Chile, y no solo molestó a los conservadores, sino, también, a los sectores más tradicionalistas de la Iglesia y a su jerarquía.

Se rechazaba al padre Alberto Hurtado por su cercanía con los jóvenes, creyendo que el jesuita hacía proselitismo político, específicamente comunista. Clara estaba la evidencia de su labor apostólica con los pobres y con los trabajadores chilenos, dando resultados de modo inmediato o a cierta distancia. Lo que puede comprobar cuando el sepelio del padre Hurtado aglutinó a toda la ciudadanía, puesto que su bondad había llegado a todos, hasta las autoridades con sus señoras, incluyendo la señora del candidato presidencial Ibáñez, habían asistido, dando demostraciones de congoja. La participación sentida en el funeral de un hombre que ya se consideraba un santo por muchos católicos

chilenos y héroe de todos los ciudadanos podría haber hecho mella en la sociedad entera; pero, no fue así.

Por aquel tiempo, solo había ciertas iniciativas eclesióásticas, como el caso de la congregación Hermanos de Foucauld, religiosos que se insertaban en las poblaciones y sectores marginales de la capital chilena, iniciando una pastoral novedosa. Además, en el año 1952 entraba a desempeñar un papel histórico relevante una nueva organización episcopal, la Conferencia Episcopal de Chile, CECH, cuya creación marcaría un arduo trabajo destinado a revisar la forma de entender la pastoral nacional y diocesana, regularizar la opción pastoral de acuerdo con la realidad, y verificar si estos pasos eran suficientes para que los fieles pudieran llevar una vida más cristiana de acuerdo con los tiempos. Otra señal de cercanía social, en el mismo año, ocurrió en la Iglesia Católica de Valparaíso, con la acción del padre René Pienovi, quien fundaba “El Refugio de Cristo”.

Asimismo, la CECH no cejaba en su esfuerzo de responder a algunos problemas sociales, pues en 1952 tomó la decisión de crear la Acción Católica Rural, ACR, como un movimiento apostólico. Posteriormente, en 1955, se organizó el Instituto de Educación Rural, IER, bajo la dirección del sacerdote Rafael Larraín Errázuriz, que desplegó una amplia labor de formación de cuadros campesinos, algunos de los cuales derivaron a la acción sindical y gremial, surgiendo tres entidades cristianas campesinas: UCC, ANOC y MCI, aparte de la ASICH. El IER contó con sedes en todas las regiones del país, con programas de formación y con capacitación permanente.

Se pasaba a otra etapa política e histórica en Chile luego de la elección de Carlos Ibáñez del Campo, en 1952. El poder civil, influido por el ibañismo y el poder eclesióástico, entre 1952 y 1958, continuaban la senda otorgada tanto por la diplomacia de la jerarquía católica y su tradicional deferencia con los civiles como por el amparo de la Carta fundamental de 1925. Además, los civiles y militares tendrían el respeto y la atención como norte de sus relaciones con las autoridades religiosas católicas. Mientras tanto, los problemas sociales planteaban iniciativas más atrevidas y fundamentales para todas las autoridades, especialmente las gubernativas del país.

En 1953, Marcos McGrath, sacerdote y teólogo, exponía en un artículo de la revista *Mensaje*, que uno de cada diez chilenos vivía en una habitación “callampa” y en ciertas poblaciones el 75% de los niños padecía tuberculosis (Aliaga, 215). Con esto tomaba más fuerza la conciencia social, renovándose con datos duros.

Por entonces, en el mundo rural, en el decenio de 1940, los campesinos habían disminuido su participación en los asuntos gremiales. En cambio, los

pequeños propietarios, agricultores, comuneros y arrendatarios se habían reunido en ciertas ocasiones y habían estado a punto de lograr algunas realizaciones que eran muy significativas para ellos. Sin embargo, todo se desmoronó cuando el gobierno de González Videla reprimió al sindicalismo tanto urbano como rural, teniendo como pretexto la protección de la democracia y la alteración del orden público; y aplicó la ley de Defensa de la Democracia que el mismo jefe de Estado había dictado.

En tanto, una carta dirigida por monseñor Tardini al cardenal Caro, en 1950, impulsaba a que se luchara por más justicia social en Chile y de paso se abriera camino al catolicismo social. Con esto se separaba a los católicos conservadores que presentaban una triste impresión, tal como lo registra la carta mencionada.

En los años cincuenta, debilitada la Izquierda en el campo y en el conjunto del movimiento popular, bajo el liderazgo de Emilio Lorenzini se retomaron los esfuerzos de la organización laboral en la zona de Molina, de los cuales resultó, en 1952, la conformación de la Federación Sindical Cristiana de la Tierra con sede en la Viña San Pedro. La concentración de trabajadores agrícolas, la relegación de algunos dirigentes sindicales a la zona y el fuerte y carismático liderazgo de Lorenzini, permitieron la eclosión del movimiento. Así, en octubre de 1953, se realizó el Primer Congreso Sindical de Obreros Campesinos de Molina con delegados de veinte fundos, representando a mil ochocientos trabajadores.

Las decisiones del congreso mencionado apuntaban a constituir sindicatos y formar uniones libres de campesinos. Cuando se presentaron los pliegos de peticiones, al recibir una respuesta patronal negativa, se acordó un paro de advertencia de veinticuatro horas para el 1 de diciembre de 1953. Ante la intransigencia patronal, el término de los contratos, se decretó una huelga por tiempo indeterminado, involucrando a treinta fundos de la región, con dos mil trabajadores. Entonces, el nuevo gobierno chileno, de Ibáñez del Campo, aplicó la ley de Defensa de la Democracia, con la que fueron arrestados varios dirigentes, entre ellos el regidor falangista Lorenzini, creándose un clima de revuelta.

Los trabajadores amenazaron con atacar la comisaría y liberar a los detenidos. La repercusión en Santiago de Chile fue enorme y los líderes de la ASICH pidieron la intervención de monseñor Caro ante el presidente de la República. De modo que el abogado William Thayer, en representación del Cardenal, realizó gestiones ante el Ministro de Agricultura Alejandro Hales, con el fin de resolver el conflicto en forma pacífica y con justicia. Prácticamente, el prelado estaba con los huelguistas: "el Cardenal apoyó la huelga de los sindicatos

campesinos de Molina (inspirada por el Obispo Manuel Larraín y la ASICH” (Salinas, *Historia*, 208).

La huelga de cinco días de Molina fue de máxima importancia para el movimiento campesino. Esto marcó la influencia cristiana en el movimiento campesino al lado de la acción de socialistas y comunistas. Todo esto traería consecuencias en diversos bandos y en la Iglesia Católica chilena, porque todo indicaba que se había iniciado una verdadera revolución a partir de la Iglesia chilena y sus contactos demócrata cristianos. En efecto, los “nuevos cambios” y una “revolución en libertad”, la cual surgiría años después, en 1964, cuando se estableciera el gobierno DC, se originaban en la revista *Mensaje*: “Medio informativo propio que les permitiera llevar a cabo una efectiva labor “concientizadora” que a la vez inspirara total confianza en el mundo católico chileno y en el de otros países del continente” (Varas, 56).

En 1953, se decía que el nuevo director de la revista *Mensaje*, el jesuita Hernán Larraín Acuña:

se entregó de lleno a propalar la ‘necesidad’ de ‘cambios revolucionarios’ de tal envergadura (...) que para llevarlos a cabo era preciso ‘acabar’ con todas las viejas y actuales estructuras PARA COMENZAR DE CERO (...) De esta forma, los ‘principios marxistas’, disfrazados de ‘cambios católicos’ los hicieron ‘digerir’ a mucha gente del pueblo, hasta terminar, como todo el mundo sabe, ENTREGANDO CHILE AL COMUNISMO (ídem).

El ataque al padre Hernán Larraín era por el supuesto entreguismo al comunismo, aunque condenara explícitamente a la revolución marxista en otros países. También el ataque iba al disfraz que este sacerdote asumía, puesto que inspiraba confianza a la mayoría de los católicos; pero “su verdadera revolución”, no era neutral ideológicamente.

Posteriormente, en 1955, con una crisis económica que afectó a muchos por aquellos días y bajo los principios de la Acción Católica Rural de 1952, se organizó el Instituto de Educación Rural, IER, en la Arquidiócesis de Santiago de Chile, bajo la dirección del sacerdote Rafael Larraín Errázuriz<sup>2</sup>. Esta institución desplegó una amplia labor de formación de cuadros campesinos, algunos de los cuales derivaron a la acción sindical y gremial. La misma IER contó con sedes en todas las provincias del país relacionadas con el agro.

2 A mediados de los ‘50 del siglo pasado, la Arquidiócesis de Santiago de Chile comprendía la zona urbana y grandes extensiones al sur, oeste, norte y sureste de la provincia homónima, equivalente a las actuales Región Metropolitana y provincia de San Antonio, siendo la zona de Melipilla la más extensa llegando al océano Pacífico. La zona rural era mayor todavía que la urbana, aunque esta última aumentaba rápidamente.

No obstante, la intervención moderada y calculada de la Iglesia en los asuntos del campo chileno, el periodismo y la política se dedicaban aparentemente a entretener a la opinión pública en vez de enfocarse en los problemas reales del pueblo chileno.

El 22 de marzo de 1955, el arzobispo capitalino resolvió ir a la Moneda a invitar al presidente Ibáñez a la inauguración de los nuevos edificios del Seminario de Santiago de Chile, en los campos de Apoquindo, proyecto que era su más querida obra y que no alcanzaría a verlo finalizado (Caro, 126). Más aún, modificándose su destino quince años más tarde en una situación impensada cuando se construyó<sup>3</sup>.

En tanto, por un lado, en el ambiente político y en la opinión pública surgía un exsacerdote interviniendo en política como un civil y ciudadano más. Y aunque no representaba a la Iglesia y su jerarquía, esta no disimulaba el rechazo a la postura política de Antonio Zamorano, conocido como el cura de Catapilco.

Por otro lado, el 16 de diciembre de 1956, la imagen de la Virgen del Carmen, donada por la señora Rosalía Mujica de Gutiérrez, que estaba provisoriamente en la Catedral Metropolitana, fue trasladada al Templo Votivo de Maipú en un lento y solemne recorrido, en el cual centenares de miles de fieles coparon el camino de Santiago a Maipú. Se instaló la sagrada imagen en un lugar provisorio mientras se terminaba la obra gruesa del templo. Presidieron los actos el cardenal José María Caro y el presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo, y su esposa, la primera dama Graciela Letelier, quienes iban detrás de la imagen durante el trayecto.

El 6 de marzo de 1957, el corresponsal de la revista *Ercilla* explicaba que el “antónimo” de Don Camilo, universal cura párroco de una obra de teatro, de Giovanni Guareschi, que luchaba contra el comunismo, estaba acá en Chile y era el expárroco de Catapilco: “el ex sacerdote Zamorano Colgó la Sotana y logró Diputación con Primera Mayoría en Valparaíso (...) la sorpresa más importante fue preparada por los moscovitas porteños quienes hicieron triunfar a Antonio Zamorano Herrera, ex cura de Catapilco” (Corresponsal de *Ercilla* en Valparaíso, “Don Camilo de Catapilco”).

---

3 En 1970, no habían vocaciones sacerdotales para el presbiterio y el edificio del Seminario Pontificio Mayor se vendió al Estado. El gobierno autorizó el establecimiento del Instituto Nacional de Capacitación Profesional conocido con la sigla INACAP, con el fin de que se utilizara para promover a los grupos populares a los cuales les costaba esfuerzo económico y tiempo el estudio de modo tradicional y no habían logrado más que llegar a ser alfabetizados.

En el mismo año 1957, el diputado y arquitecto Sergio González junto a otros dos arquitectos plantearon, por primera vez, la discusión de una ley que tratase de reformar el campo chileno. Una ley de reforma agraria que comenzó a tener la simpatía de varios sectores de la Iglesia y que, diez años más tarde, se haría realidad bajo otro gobierno. Mientras tanto, aquellos funcionarios ayudaban a los pobladores de la toma de Herminda de la Victoria en la capital y se contactaban con algunos sacerdotes que cooperaban en las situaciones de escasez de recursos de los más humildes (Lawner, *Reportaje*).

La situación de los católicos era dramática, pues se ponía en tela de juicio no solo las definiciones de la Santa Sede, sino las ideas proclives que tenía el clero nacional y se enrarecía el ambiente político retrotrayéndolo a las postrimerías del siglo XIX:

En 1958, vísperas de elecciones, reventaron las tensiones entre los dos partidos en que militaban los católicos. Se trataba de la derogación en el Congreso de la Ley de Defensa de la Democracia. La Falange declaró que iba a favorecer esta derogación. Monseñor Huneuus publicó un artículo, aprobado por el Cardenal Caro, sosteniendo que los que de esta manera favorecieran a los comunistas caerían en la excomunión intimada en 1949 contra los que cooperaran con el marxismo (Aldunate, 75-76).

A tan alto nivel llegó la tensión ideológica que muchos pensaron en acabar con su partido político. Específicamente, se deseaba disolver la Falange y entonces llegó una salvación prometedora: “Monseñor Manuel Larraín, obispo de Talca, declaró disentir de este juicio y Julio Jiménez escribió una carta al padre Ferrari que se difundió mucho en que, con su dialéctica, demostraba que los falangistas no incidirían en excomunión. La Ley, con su apoyo, fue derogada en el Parlamento” (ídem, 76)<sup>4</sup>.

En 1958, los demócratacristianos consiguieron formar un bloque parlamentario que derogó la ley anticomunista conocida como Ley de Defensa de la Democracia, ocasión en la que el cardenal Caro realizó una nueva declaración pública en la cual recordaba las normas fijadas por el Santo Oficio sobre las relaciones con el comunismo. La posición crítica de la jerarquía católica llegó a su punto cúlmine cuando el secretario del Arzobispado santiaguino publicó un documento en el cual anunciaba que quedarían privados de los sacramentos aquellos que favoreciesen la derogación de la ley (Gumucio y Vásquez, 118).

---

4 Julio Jiménez fue sacerdote diocesano.

“Pero nadie pudo impedir que los demócrata cristianos, tal vez apoyados en la opinión de otros religiosos, votasen en ese sentido” (Da Silveira, 28-29). Así, los comunistas quedaban legalmente aceptados en el orden político “gracias a los ingentes esfuerzos de los **cristianísimos** miembros del Partido Demócrata Cristiano (...). Si hubiesen oído la voz de su Pastor, los demócrata cristianos de hoy no habrían llegado, posiblemente, a los tristes absurdos a que llegaron” (idem, 29).

En 1958, el país ya estaba preparado para la elección presidencial, para cuyo evento político, se presentaba el excura de Catapilco como abanderado del Movimiento Catapilcano. Unos meses antes de la disputa eleccionaria, Antonio Zamorano, al saberse perdedor, endosó sus votos al candidato Salvador Allende, elogiándolo como un ciudadano ejemplar que se daría por entero al pueblo chileno. La prensa derechista intentó acallararlo, pero tuvo gente leal en su antigua zona, donde había sido su párroco, años antes de ser político. En el periódico local *El Catapilcano* se publicitó su instrucción a votar por el médico socialista.

No obstante, quedaba para el mundo civil y político y para los fieles católicos, la idea de que algo extraño ocurría en el ambiente religioso y en el contexto nacional. La situación quedó en suspenso y se logró superar, “olvidándola” por un tiempo.

Un nuevo gobierno resultaba elegido, distinto a lo conocido hasta entonces, el de Jorge Alessandri Rodríguez, que se calificaba de independiente y que contaba con el apoyo de liberales y conservadores. Las autoridades civiles y castrenses estaban dispuestas a tratar bien a la Iglesia y su jerarquía, continuando con la senda de amistad y respeto entre el poder civil y el eclesiástico, lograda en los períodos anteriores. En los meses siguientes, de septiembre a principios de diciembre de aquel año, tuvieron un trato muy afable el presidente Jorge Alessandri Rodríguez y el anciano cardenal José María Caro.

En todo su período episcopal, monseñor Caro sostuvo cordiales y afectuosas relaciones con los presidentes de la República y cada uno de estos retribuyó de la misma manera a la Iglesia. También con diversos personajes del ambiente político y social chileno<sup>5</sup> (Caro, 131, 151; Araneda, 784-785).

Asimismo, en 1958, los decesos del Papa Pío XII, el obispo de Valparaíso, monseñor Rafael Lira Infante y el cardenal arzobispo de Santiago de Chile, monseñor José María Caro conmovieron profundamente al pueblo católico de Chile, al país y a las autoridades del Estado, con el consiguiente duelo.

5 Parte de la alocución de Monseñor Salinas en el traslado de los restos del Cardenal Caro, el 19 de marzo de 1968.

Mientras tanto se estaba *ad portas* de grandes cambios que transformarían para siempre el rostro patrio, pues con aquellos sucesos y sentimientos acababa una etapa de la historia de Chile y de la Iglesia católica. Justo en el momento en que comenzaba una época nueva que enlazaba lo tradicional al lado de lo novedoso y de un supuesto progresismo.

La simpatía que había logrado el prelado capitalino se evidenció con su funeral, pues desató una multitudinaria manifestación popular de trescientos mil dolientes. Más aún, un dirigente comunista, Elías Lafferte, señaló acerca del prelado capitalino: “Nunca fue un obstáculo para las aspiraciones populares, su modesto origen campesino lo hacía solidario con los obreros y con los campesinos. Fue uno de los primeros en reconocer el triunfo del Frente Popular, en circunstancias de que algunos sectores de la Derecha, amenazaron con los fuegos del infierno a quienes habían votado por Aguirre Cerda” (Salinas, *Historia*, 209).

## PALABRAS FINALES

Entre 1946 y 1958, hubo inmejorables relaciones del poder civil y eclesiástico. La Iglesia y el Estado se afianzaron en sus instituciones y en la cortesía de sus relaciones, pues se beneficiaron del período inmediatamente previo y construyeron el fundamento de los lazos que sostendrían a la sociedad chilena, considerando que sufría cambios que no eran para todos perceptibles y menos asumidos. Se iniciaba una etapa de pre-crisis social y político-constitucional que no era perceptible para todos.

En este periodo, se pueden distinguir dos etapas. La primera que va de 1946 a 1952, durante la cual la Iglesia y el gobierno de González Videla sostenían la misma posición ideológica al menos en teoría. Desde el área religiosa, un gran paso fue la investidura cardenalicia del arzobispo José María Caro. La línea conservadora parecía triunfar en términos formales. Sin embargo, la jerarquía católica sabía que podía hacer mucho más en el plano social, pero por temor a la mala interpretación de las autoridades, de la sociedad y de sus fieles no se atrevió más que tímidamente a apoyar y promocionar algunas iniciativas de índole socio-laboral, aparte del rechazo al comunismo extranjero.

La jerarquía eclesiástica acompañó al poder civil en distintos ámbitos de la vida nacional, pues la estabilidad y la democracia regularon la convivencia social y fueron respetados por todos, bajo el amparo de la Constitución. No fue extraño que los laicos católicos y algunos clérigos, como el padre Alberto Hurtado, intervinieran formando asociaciones políticas y gremiales, sin dañar las relaciones del Estado con la Iglesia católica, pues la Constitución de 1925 las garantizaba para todos los chilenos sin discriminación de algún tipo.

El período estuvo marcado para la Iglesia, especialmente para la mayoría de sus clérigos, por un excesivo triunfalismo y apoteosis religiosa que se vieron materializados en las construcciones de algunos templos, para lo cual contaron ya fuera con el apoyo del poder civil ya fuera con acciones mixtas, donde intervenía el Estado. Sin embargo, el temor del clero a las ideas de Izquierda se mantuvo latente en todo el período tratado, más aún cuando llegaban noticias desde Europa post Segunda Guerra Mundial y cuando escuchaban la opinión de algunos sacerdotes que venían en misión a Chile, acerca de la forma de gobernar que tenían las autoridades de los países socialistas.

La jerarquía católica no deseaba que se la malinterpretara y que juzgaran equivocadamente la opinión pública y sus feligreses la ayuda social que ella brindaba. No tenía gran experiencia en el sindicalismo, dándose cuenta de que el mundo de los trabajadores, especialmente el obrero, se alejaba de los templos y solo participaba cuando se celebraban ritos, como bautizos, matrimonios, funerales y algún evento religioso masivo tradicional.

Se entendía que el clero no debía participar en política partidista, aunque habría bastado la firme convicción de gran parte de los clérigos en que debían proteger más a los desvalidos y no silenciarse frente a algunos acontecimientos que dañaban la dignidad de las personas. A ello, los obligaba, moral y religiosamente, la doctrina social; y solo algunos se atrevieron con esta ardua empresa.

Más tarde, en la segunda etapa, 1952 a 1958, producto de la acción en el ámbito rural y de la crisis financiera de 1955, la Iglesia se vio presionada a intervenir indirectamente en la protección y promoción de las personas y sus demandas de justicia. Solo algunos religiosos apoyaron directamente iniciativas que se mezclaban con su área religiosa. De modo que la Iglesia ante el Estado actuó con firmeza y premura debido a diversos acontecimientos y este la escuchó y reaccionó favorablemente.

La consideración de la carta del cardenal Pacelli a los católicos chilenos no tuvo una respuesta positiva de un alto número de los conservadores, ya que se sentían depositarios, en términos políticos, de la fe católica y de su representación en la sociedad chilena. No se dieron cuenta de que iban en franco deterioro y que gran parte de la población católica ya no los seguía desde fines de los años 30 del siglo pasado. No entendían, ni menos obedecían a la jerarquía eclesial en cuanto a las nuevas reglas que la institución religiosa había determinado en el área política. Los conservadores compitieron por sus intereses, poniéndolos por encima de la Iglesia y de su jerarquía.

Los obispos en general estaban abocados a tareas religiosas con escasas posibilidades de involucrarse en temas socioeconómicos. Alberto Hurtado,

que siempre consiguió unir lo espiritual con el mundo del obrero y el de la calle, mencionaba que los patrones y conservadores no deseaban ayudar ni promover a los más desposeídos. Su muerte podría haber facilitado las acciones pastorales católicas, suponiendo que habría una disposición más grata para aceptar las propuestas del fallecido. Sin embargo, no fue así; pues el ser humano olvida pronto o algún poder interesado estimula el olvido, aunque el fenecido haya sido un héroe o un santo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Aldunate Lyon, José, S.J.** 2003. *Un Peregrino Cuenta su Historia* (autobiografía). Santiago de Chile: Salesianos Impresores S.A.
- Aliaga, Fernando.** 1989. *La Iglesia en Chile. Contexto Histórico*. Santiago de Chile: San Pablo.
- Araneda, Fidel,** 1986. *Historia de la Iglesia en Chile*. Santiago de Chile: San Pablo.
- Bulnes y otros.** 2001-2003. *Los Campesinos y Las Tierras de la Reforma Agraria Chilena*. Santiago de Chile: Centro de Políticas Públicas y Derechos Indígenas, Universidad ARCIS.
- Caro, José María, Cardenal y otros.** 1969. *Autobiografía del Cardenal Caro*. Santiago de Chile: Imprenta Carrión e Hijos.
- Corresponsal de Ercilla en Valparaíso.** 1957. *Don Camilo de Catapilco JUGÓ AL ROJO Y GANÓ*. Santiago de Chile: Revista Ercilla, miércoles 6 de marzo de 1957, p.3.
- Costadoat, Jorge.** 2005. "Pietas et Eruditio en Alberto Hurtado, S.J.". En *Teología y Vida, volumen XLVI*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica
- Da Silveira, Fabio Vidigal Xavier.** 1968. *Frei, el Kerensky Chileno*. Buenos Aires: Cruzada.
- Espinoza, Pedro.** 2005. "¿Es Chile un país Católico? Polémica en Torno a un Libro del Padre Hurtado". En: *Teología y Vida, volumen XLVI*. Santiago de Chile; Ediciones Universidad Católica. Y disponible en: [scielo.php?pid=S0049-34492005000300008&script=sci\\_arttext](http://scielo.php?pid=S0049-34492005000300008&script=sci_arttext)
- El Catapilcano.** 1958. Diario, junio.
- Fairlie, Richard.** 2006. "Las Relaciones del Estado y la Iglesia Católica en Chile Desde 1925 a 1940". En *ANALECTA, Revista de Humanidades, Escuela de Educación y Humanidades*. Viña del Mar: Universidad de Viña del Mar.
- Fairlie, Richard.** 1991. *Estudio de la Estructura y Desarrollo de la Organización del Dinero del Culto en la Arquidiócesis de Santiago 1927-1968*. Tesis de grado. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Gazmuri, Cristián.** 1996. *Eduardo Frei Montalva 1911-1982*. Santiago de Chile: FCE. y disponible en [http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento\\_detalle.asp?id=MC0023229](http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0023229)
- Gómez, Sergio.** 1985. *El Movimiento Campesino en Chile*. Santiago de Chile: Programa FLACSO de Chile, Documento de Trabajo N° 246, mayo.
- Gumucio Rivas; Rafael Luis y Vásquez Lazo, Claudio.** 1988. *El Desafío de la Soberanía Popular. Democracia y Partidos Políticos*. Santiago de Chile: Impresora Alborada,
- Lagos, Tulio.** 1941. *Bosquejo Histórico del Movimiento Obrero en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta El Esfuerzo.

- Lawner, Miguel.** 2013. *Reportaje de ARTV*, canal tv cerrada. Domingo 28 de abril, 19.30 hrs.
- Magnet, Alejandro.** 1954. *El Padre Hurtado*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico S. A.
- Piñera, Bernardino.** 2009. "Entrevista a monseñor Bernardino Piñera". En "*Programa Cita Con La Historia*". ARTV: Canal circuito cerrado 58, domingo 6 de septiembre, conductora Patricia Arancibia.
- Salinas, Augusto.** 1981. *Un Pastor Santo*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Salinas, Maximiliano.** 1987. *Historia del Pueblo de Dios en Chile*. Santiago de Chile: CEHILA: impresión Gráfica Nueva.
- VEA.** 1956. Revista N° 883. Santiago de Chile.
- Vega Blanlot, Roberto.** 1975. *Carlos Alberto: Entre Cristo y Marx*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, UCV, Universitaria S.A.
- Alberto Hurtado (1901-1952).** Disponible en: [http://www.vatican.va/news\\_services/liturgy/saints/ns\\_lit\\_doc\\_20051023\\_cruchaga\\_sp.html](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/ns_lit_doc_20051023_cruchaga_sp.html)
- Padre Alberto Hurtado, Un Santo Para Chile.** Disponible en: [http://www.emol.com/especiales/padre\\_hurtado05/incomprendido\\_rostro\\_3.htm](http://www.emol.com/especiales/padre_hurtado05/incomprendido_rostro_3.htm)
- Centro de estudios y documentación Padre Hurtado de la Pontificia Universidad Católica de Chile, PUCCH.** Disponible en: [http://www.puc.cl/hurtado/home\\_1004.htm](http://www.puc.cl/hurtado/home_1004.htm)